

Las tempestades pasan, la miseria permanece



"¿Y yo qué hago con once chiquillos que tengo?"

Novocientas cincuenta familias viven en la UVA de Villaverde Alto. La mayoría llegaron en 1963. El entonces Ministerio de Vivienda les dijo que era sólo por cinco años. Han pasado dieciséis años y todavía siguen allí. En la noche del sábado 10 de febrero la barriada se inundó como hasta ese día nunca había ocurrido. Doscientas familias se han quedado prácticamente sin casa.

GONZALO GOICOECHEA

dibujos en las paredes. El papel se decolora a mitad y desaparece enmohecido; la mancha de humedad traza un friso de borde desigual, ondulante. En la pared final una imagen color hueso del Corazón de Jesús, enmarcada en otra escayola, marrón oscura, en forma de abanico. "Fíjese, fíjese usted, aquí es que no podemos dormir y yo, ¿qué hago con once chiquillos que tengo?". Siempre con ella un niño de dos años, el moco colgando y la capucha blanca y sucia tapándole la cara.

Su marido trabaja en la compraventa. Ella se encarga de la prole a la que ha transmitido su pelo moreno y como aceitoso, su rostro retinto. Antes vivían en Orcasitas. Tras la inundación, no pueden entrar en la casa porque los colchones todavía chorrean agua. Uno de los niños hunde el dedo en la pared y, sin esfuerzo alguno, hace una profunda línea, casi una grieta. "No nos hacen caso ni nunca nos han hecho caso. Al final vamos a tener que coger un cuchillo y liarse a palos".

Dos de sus hijos juegan sobre un montón de barro a espada chinesas con unas tablas.

"No nos dejan ni hablar"

Catalina vino desde Jaén con su marido a Madrid hace veintitrés años. El trabaja en las limpiezas de Renfe, y ella limpia también, pero en Barreiros. Grita cuando habla y se impone su charla sobre la de las demás mujeres que se han ido agolpando con curiosidad, sin ninguna desconfianza: "¿Usted se cree que podemos vivir cómo vivimos? Como bichos, en un Madrid y vivimos como bichos".

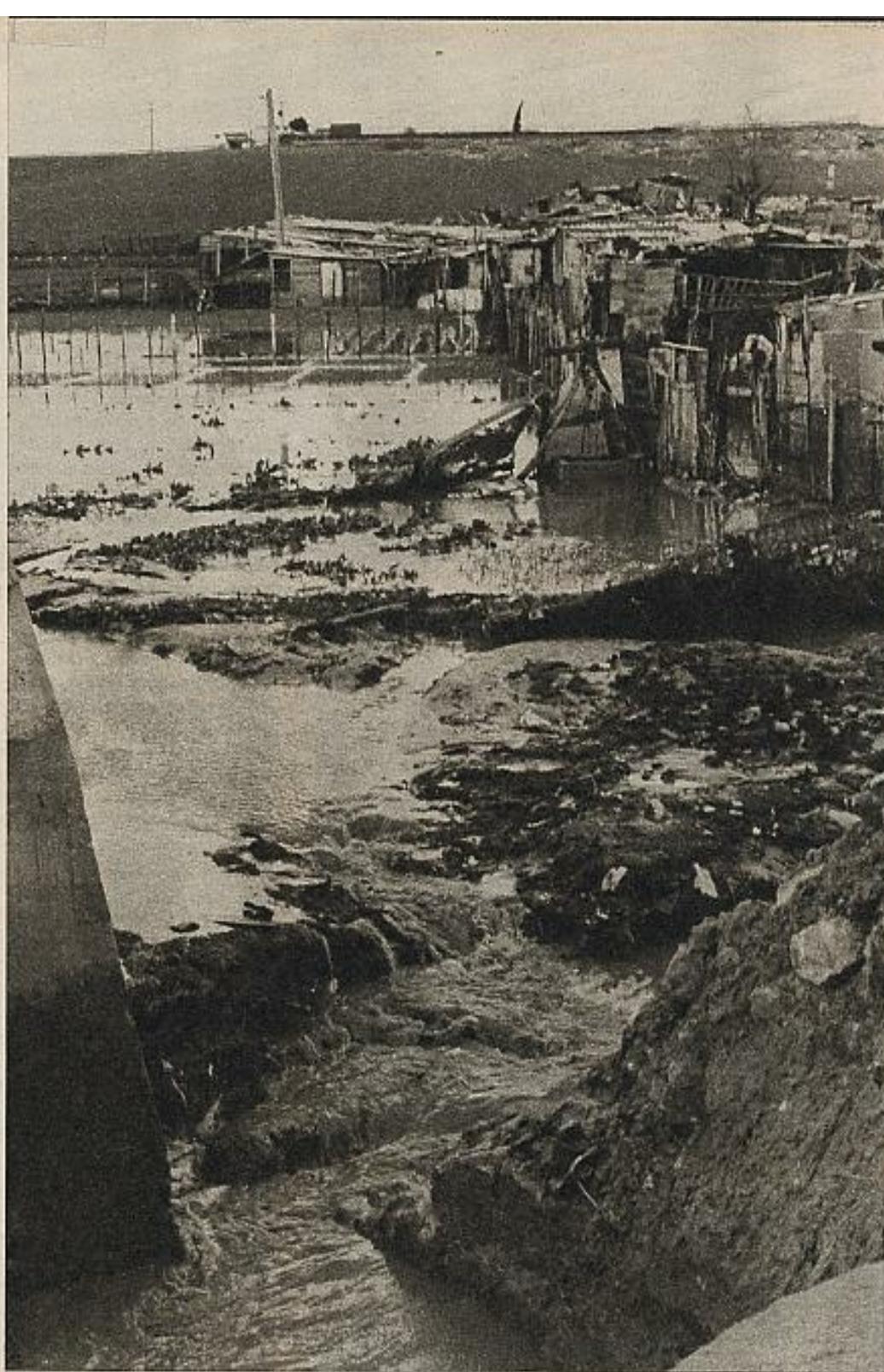
En la parte Sur de la colonia hay un solar municipal. A la derecha, un colector. Antes había allí un arroyuelo de aguas limpias. Aún recuerda Antonio cuando se bañaban de críos. El arroyuelo desapareció como desaparecieron los árboles que en verano amortiguaban un poco el recalentamiento de la uralita. En los primeros años, cuando Antonio era un muchacho, jugaban en el solar. A veces, como ocurrió de nuevo hace tres años, lo hacían con calaveras humanas que habían llevado allí los camiones que escombaban el viejo cementerio. Las aguas residuales de

TODOS viven en chabolas. Había demasiadas chabolas en los primeros sesenta en las tres o cuatro grandes ciudades españolas. Incluso para una dictadura derechista eran demasiadas chabolas. A la mayor parte de los que hoy viven en el poblado de los Toreros, en Villaverde Alto, las máquinas oficiales les destruyeron sus cabañas. Estaban en Orcasitas, en La Celsa, en el mismo Villaverde, en Vallecas. Tiraron las chabolas y se los llevaron a unas casas de planta baja, cuarenta metros cuadrados, finas paredes fáciles de derribar, techo de uralita, sin apenas cimientos. Iban a ser viviendas provisionales, tan sólo cinco años, y, después, el piso con grandes facilidades, casi gratuito. Han pasado dieciséis años y la mayoría siguen allí, las casas cada vez más viejas, la desconfianza ante las promesas cada vez mayor, la provisionalidad devenida inmutable.

"Esto es una desgracia, diga usted que esto es una desgracia porque vivimos como animales". La mujer cruza la estrecha y embarrada calle y entra en la casa de enfrente, la casa de sus suegros. El pasillo tiene dos metros de largo y un papel de chillones



Sobre el barro juegan a espada chinesas con unas tablas.



Junto al colector hay unos trozos de huerta y chabolas de tabla y hojalata para los animales.

varias barriadas próximas se juntan en el colector. El padre de Antonio se dio cuenta, sobre las seis de la tarde del sábado día 10, que el colector estaba saturado de agua y que corrían el peligro de que la pared de arena de debajo del puentecito se corriera y hubiera una inundación.

A las seis llamaron a los bomberos, pero no aparecieron hasta las once de la noche. También llamaron al servicio de limpieza de Construcciones y Contratas, pero les pedían que pagaran por

adelantado y en las oficinas del centro.

Muchos estaban durmiendo y, de pronto, el agua empezó a entrar en las casas. Tuvieron que salir ayudados por la Policía Nacional y por los vecinos. Los muebles flotaban por la casa. Dos muchachas se quedaron sin ajuar de boda —ositos de peluche sintético, sábanas bordadas, mantelería— porque lo guardaban debajo de las camas. "¿Dónde lo vamos a guardar si aquí no hay sitio pa na?". Las aguas inundaron completamente la co-

lonia. "A las dos de la mañana tuvimos que ir todos a la iglesia. Y de la iglesia, como hacia mucho frío, tuvimos que ir a la catedral. Cuando llamamos a primera hora ni nos escucharon. Decían que era mentira, que no corríamos peligro".

En la calle, los muebles, las alfombras, los colchones, esperan perder la humedad. Dentro de las casas, hay quien coloca en cada habitación brasas para ahuyentarla. Sobre la pobre baldosa de los suelos permanece un barrillo fino.

S. tiene once hijos. Nació en Sevilla hace cincuenta años, pero lleva toda su vida en Madrid. Se dedica a la chatarra. Para que los chicos y las chicas duerman separados construyó en el pequeño patio un chamizo. Se lo llevó la inundación y ahora no tienen sitio para todos. "Los chicos se desnudan y no van a estar todos revueltos, ¿no le parece?".

Al día siguiente de la inundación fueron los periodistas, y los políticos, y los que mandan (aunque no todos). Hicieron los hombres públicos promesas. Pero llevan muchos años esperando a que cumplan las primeras que les hicieron. "Nos están engañando. Por eso ahora la gente no se fla y no se cree nada. Porque nos están engañando". En el colegio donde se refugiaron les dieron mantas y colchones y el Ejército distribuyó comida los primeros días. Josefa, gorda y morena, reconoce la ayuda recibida: "Vino mucha gente de Madrid y vino mucha gente que se ofreció voluntaria, asistentes sociales, enfermeras y todo. Porque lo vi yo en la calle, las cosas como son. No se puede decir que no nos han ayudado. Nos han ayudado. Pero, claro, seguimos aquí".

No todas están de acuerdo. "¿A qué nos han ayudado? No nos han ayudado nada porque cada uno está aquí". Las casas están inhabitables y es mejor pasar el rato en la calle a pesar del frío. Muchos siguen durmiendo en el colegio, otros han buscado a familiares que viven cerca.

Junto al colector hay unos trozos de huerta y chabolas de tabla y hojalata para animales. Cincuenta ovejas murieron ahogadas. Y muchos perros y gatos y ratas. El jueves todavía estaba el solar próximo lleno de cadáveres de animales, uniformados con la tierra por el lodo. "Si no nos dejan hablar, ¿qué vamos a hablar? Van y mandan y dejan a los de la asociación, a los otros, dejan que pasen dos y luego vuelven con lo que les han dicho. Si no nos dejan ni resollar".

"Todo es mentira"

En los cincuenta metros cuadrados de la casa de María viven veintidós personas: los dos padres, once hijos, ocho nietos. Antes de que los trajeran a la UVA tenían una chabola en el Camino Viejo de Entrevías. Como a los

LAS TEMPESTADES PASAN, LA MISERIA PERMANECE

demás, les han ofrecido ir a Aranjuez o a Alcalá por dos meses. Luego, si quieren quedarse allí tienen que pagar setenta mil pesetas de entrada y cuatro mil al mes. "Pero es que está muy lejos, mire usted, a Aranjuez. Es que nos morimos de hambre porque, ¿cómo vamos a trabajar entonces? Además, aquí el que más y el que menos somos pobres y no tenemos ese dinero".

Aprovechando que unos vecinos han abandonado la vivienda, las dos hijas casadas de María se trasladan: "Si no nos echan de aquí, porque tienen orden de tí-

rar todas las que se queden vacías".

"Mire usted, a este chiquillo lo han dejado desnudito, ¿no ve? El agua se le ha llevado la ropa". Se llevó el agua la ropa y los muebles. Mojó los libros de los niños. "Las criaturas por ahí, sin poder ir al colegio, todos los libros mojados".

Juegan los niños entre el barro, se revuelcan en él y aumenta la suciedad de sus ropas, de sus caras. "Esto es una pena. Aquí, el que se meta en un albergue, pues se queda aquí toda la vida.

Como estamos nosotras. Y ya no nos fiamos. Aunque sea verdad, ya no nos fiamos". No quieren ir a Aranjuez. Ahora dicen que harán unas viviendas de las prefabricadas en el solar donde se pudren los animales muertos. Pero no se lo creen: "Aquí todo es mentira y, como todo es mentira, pues ya está".

Raquel tiene cuatro hijos, la mayor de siete años. No sabe qué hacer con los dos pequeños porque en la casa se acatarran. "Esto es una pena. Es que esto no debía estar permitido habiendo vi-

viendas como hay". Su marido trabaja en la compraventa. No dejan a los dos chavales que van a la escuela que coman allí porque hay que pagar mil y pico pesetas: "En vez de pagar en la escuela, hago una comida y comemos todos, comemos los padres y los hijos".

La colonia de los Toreros se llama así porque sus calles llevan nombres de diestros famosos. Hay muchas más colonias como la de los Toreros. La fatídica riada ha puesto a esta de Villaverde Alto de actualidad. Están acostumbrados sus habitantes a la presencia de periodistas. El primer día también fueron varios burócratas de sonrisa artificiosa y lamentos hueros, fariseos. "Aquí no nos hace falta que vengan a hablar tanto, sino que nos den la vivienda".

A pesar del barro, a pesar de la humedad, a pesar del solar infectado, se agarran a su destaralada casa. Porque no se creen nada de lo que les han prometido: "Vienen, vienen mucho. Yo no he visto nada. Yo, como no me den una llave y ahí tienes el piso, no me muevo de mi casa. Si todo es mentira... Lo mejor es no moverse. Nosotros tenemos nuestras chabolas y nos las destrozaron. Nos dieron esto como provisional, pero con tanto tiempo no sabemos qué es provisional".

Los electrodomésticos no funcionan porque los motores están húmedos. Hay humedad por todas partes, hasta la obsesión. El Ayuntamiento, por fin, parece que se ha decidido a arreglar lo del colector. Hace frío por la tarde, pero los vecinos se agrupan y discuten sobre qué hacer. Unánimemente solicitan vivienda. La que les tenían que haber entregado hace dieciséis años. Los hombres van llegando de sus trabajos, de sus chatarras, de sus compraventas. Sonríen ante la impasible charla de las mujeres. "Esto es una pena, es que no hay derecho". Llegó la tempestad que trajo la inundación y pasó dejando todo encharcado y humedecido. La miseria de las casas aumentó. Los cimientos perdieron consistencia. "Yo le voy a decir una cosa: yo soy casi analfabeto, no sé leer. Pues a mí no me entraba una gota de agua en la colonia. Construí por ahí un muro...". ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



El papel se decolora y desaparece enmohecido; la mancha de humedad traza un friso desigual, ondulante.



Habían pasado cinco días y todavía estaba el solar próximo lleno de cadáveres de animales, uniformados con la tierra por el lodo.